

PARA CONTINUAR EL DIÁLOGO

RAFAEL ALVIRA

Hay dos figuras geométricas que simbolizan dos formas contrarias de concebir la realidad, y que son representativas de dos grandes “estilos culturales”: la *línea* y el *volumen*. La primera indica apertura, continuidad posible; la segunda, plenitud. Una apunta a lo ilimitado; la otra a lo limitado. La línea puede continuarse indefinidamente; el volumen está cerrado. La primera es imagen de lo imperfecto; la segunda, en su forma *esférica* es la imagen de la perfección, pues ésta se define como lo que no apunta a nada fuera de sí.

La cultura *clásica*, desde su padre fundador, es decir, Platón, tiene como fundamento la idea de *perfección*; la *modernidad cultural*, por el contrario, la de permanente apertura. Por eso, la idea clásica de *libertad* se apoya en la *paz* que la perfección concede: sin paz no se puede ser libre. La modernidad entiende, por el contrario, la libertad, como permanente *posibilidad del cambio*. La primera parece “conservadora”, carente de movilidad; la segunda “progresista”, plenamente dinámica.

En cualquier sociedad suelen ser mayoría los que buscan una fór-

mula intermedia, denominada “moderada” o “centrista”. En épocas de bonanza sobre todo, casi todos los partidos políticos quieren alinearse en algún lugar cercano al centro. Ya Augusto Comte propuso la fórmula en la primera mitad del siglo XIX: “Orden y Progreso”. En la segunda mitad del XX se presenta de nuevo, con otro sesgo: “Desarrollo Sostenible”.

Con todo, el clasicismo tiene también su aspecto dinámico: es la *intensificación* de lo perfecto; y la modernidad su aspecto estático: es el *descanso* en el camino, la tregua. En la vida diaria, de modo particular en la política democrática, la distinción entre lo *práctico* -lo eficaz en sí mismo- y lo *pragmático* -la resolución de la dificultad inmediata- se resuelve casi siempre a favor de lo pragmático sin atención a lo práctico. Eso le da a la política democrática el carácter tan *ecléctico* que le es propio: las cuestiones de fondo quedan abiertas, en espera de que la gran sabiduría de “el tiempo lo arreglará” produzca su efecto.

Sin embargo, los principios son las semillas de la vida, que no pueden faltar y que están siempre actuando. Es un error confundir las “leyes generales” con los principios. Las

leyes generales admiten excepciones, los principios -las semillas- no. Clasicismo y modernidad no son leyes generales, sino principios culturales y sociales. Cultura y sociedad son las dos caras de una misma moneda.

Por eso, cada vez que -aristotélicamente- se acude a que el buen “sentido común” de la gente acabará solucionando los problemas, se olvida -de un lado- que la *gente* no es lo mismo que el *pueblo*, pues este último tiene una identidad interna, o sea, un *elemento común*, de la que carece la “gente” en democracia, y por eso el radicalismo nacionalista no es democrático; pero -de otro lado- se olvida también que las semillas dan el *carácter fundamental* de la cultura y la sociedad, y que por tanto la “guerra subterránea” entre los principios está siempre operante.

Hoy esa guerra la va ganando claramente la modernidad: progreso antes que orden; movimiento antes que paz; ruido antes que silencio; novedad entendida como cambio en vez de novedad por intensificación; *excelencia* -lo que “excede” según la *línea evolutiva*- antes que *perfección* —potenciación de lo real—. La historia no tardará en dar su veredicto ●